

legítimas hubieran sido sus quejas; y al contemplar el fuego casi apagado, su último resplandor, y las cenizas casi frías, no pudo menos de murmurar:

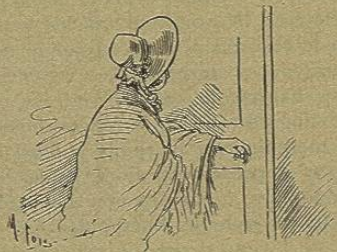
—Pronto llegará la hora de pasar yo también por todas esas fases, para desaparecer al fin.

En aquella revista de su existencia, creía ver un árbol verdoso, cargado de flores y de promesas, cuyas ramas todas se marchitaban y caían una por una á medida que él las tocaba.

—A contar desde los días de mi juventud—continuó Arturo,—tan desgraciadamente suprimida, desde mi adolescencia, pasada en un retiro lúgubre y sin amor, desde mi marcha, mi largo destierro, mi vuelta, el recibimiento de mi madre y por último mi visita á la pobre Flora, ¿qué he encontrado yo en el camino de mi vida?

En aquel momento abrióse suavemente la puerta de la habitación y Arturo se estremeció al oír pronunciar el siguiente nombre como en contestación á su pregunta:

—¡La niña Dórrit!



#### CAPITULO XIV

##### Visita de la niña Dórrit

Arturo Clennam se apresuró á levantarse, al ver á la joven de pie en el umbral.

La niña Dórrit paseó su mirada por la habitación, y parecióle espaciosa y magníficamente amueblada, aunque algo oscura. La joven tenía ciertas ideas aristocráticas desde la primera vez que vió Covent-Garden, donde había elegantes cafés, soberbias casas y palacios, en que se ostentaban todos los atributos del lujo, y un teatro suntuoso, donde entraban damas y caballeros ricamente engalanados. La niña Dórrit conservaba un confuso recuerdo de aquel sitio aristocrático, tan lleno de misterios ahora como en otra época, con sus románticas memorias, su riqueza y su miseria, su belleza y su fealdad, sus preciosos jardines y sus fétidos arroyos; la joven, lo repetimos, tenía sus ideas sobre los esplendores de Covent-Garden, y por eso le pareció la habitación de Arturo Clennam más oscura de lo que era en realidad, cuando la miró tímidamente desde la puerta.

Pero en la silla que estaba junto al fuego apagado hallábase el caballero á quien iba á ver, y que había vuelto la cabeza con asombro al oír pronunciar su nombre; el caballero de tez morena, de aspecto grave y bondadosa sonrisa, de ca-



rácter tan franco, y á la vez tan resuelto, que la joven creía hallar cierta semejanza entre Arturo y la señora Clennam, sólo que, así como ésta tenía el genio duro y severo, el de Clennam era dulce y bondadoso. En aquel momento Arturo fijaba en la niña Dórrit una mirada profunda y penetrante que siempre le hacía bajar la vista.

—¡Hija mía!—le dijo,—¡usted aquí á media noche!

—Por eso he pronunciado mi nombre al abrir la puerta, caballero, pues ya suponía yo que le sorprendería mi visita, y que era necesario prepararle.

—¿Viene usted sola?

—No, señor, me acompaña Maggy.

Persuadida ésta de que sólo el pronunciar su nombre la autorizaba para entrar, penetró en la estancia sonriendo amistosamente, pero su fisonomía recobró muy pronto su expresión estúpida.

—¡Y yo que he dejado apagar el fuego!—dijo Clennam,—viniendo usted tan... (iba á decir *ligeramente vestida*, pero se contuvo para no hacer alusión á la pobreza de la joven, y añadió:) y haciendo tanto frío.

Clennam acercó á la chimenea el sillón que ocupaba, é hizo sentar á la niña Dórrit; después trajo carbón y leña y encendió fuego.

—Tiene usted los pies helados, hija mía—dijo (los había tocado por casualidad, al arrodillarse para encender fuego);—acérquelos más.

La niña Dórrit contestó que no tenía los pies fríos; pero Clennam pudo comprender, no sin que se le oprimiese el corazón, que la joven quería ocultar sus zapatitos deteriorados por el uso.

—Ante todo—dijo la niña Dórrit, sentada delante del fuego, pálida aun, y fija la vista en el semblante de su interlocutor, cuya expresión de interés y de cariño era para ella un misterio que no se creía capaz de descifrar,—¿me será permitido decirle una cosa, caballero?

—Sí, hija mía.

Una ligera nube obscureció las facciones de la niña Dórrit, como si le causara pesar que Arturo le dijese con tanta frecuencia *hija mía*; pero á este sentimiento sucedióse la admiración al comprender que Clennam lo había notado al punto, puesto que añadió seguidamente:

—Necesitaba una palabra que expresase la ternura, y no he hallado otra de pronto; pero como se ha dado usted misma

ahora el nombre con que la conocen en casa de mi madre, que es el que yo le doy siempre cuando pienso en usted, permítame llamarla niña Dórrit.

—Gracias, caballero; es el nombre que prefiero á todos los demás.

—Yo la llamo madrequita—dijo Maggy.

—Es lo mismo—repuso la joven.

Maggy se sonrió, abriendo una boca enorme, y un momento después comenzó á roncar; mientras que la joven, fijando su vista en el semblante grave de Arturo, preguntábase en qué pensaba al mirarla á ella y á su compañera. «¡Qué buen padre sería para sus hijos, díjose la niña Dórrit, y con qué gusto recibirían éstos los consejos y caricias de una persona tan simpática!»

—Lo que deseaba decir á usted, caballero—murmuró la joven,—es que mi hermano está libre.

Arturo manifestó gran satisfacción por la noticia, contestando que esperaba que Tip se portaría bien.

—Y también quería decir á usted, caballero—continuó la niña Dórrit, sin poder dominar su agitación, y con la voz temblorosa,—que, según dicen, no debo conocer nunca al hombre generoso á quien Tip debe la libertad, no siéndome por lo tanto permitido preguntar quién es ni cómo se llama, para darle gracias con todo mi corazón.

Clennam contestó que la persona de quien hablaba no necesitaría probablemente que le diesen gracias, y que sin duda se daría por contenta con haber prestado tan ligero servicio á una joven digna de recibir favores de más consideración.

—También deseaba decir á usted—añadió la jovencita, cada vez más agitada,—es que si yo conociese á esa persona y me fuera permitido, le demostraría que jamás comprenderá hasta qué punto estoy agradecida, y cuánto lo estaría mi padre si lo supiese. También quería manifestarle, caballero, que si yo le conociera, le diría que no me entregaré al sueño ninguna noche sin haber rogado al cielo que le bendiga y le recompense; me arrodillaré á sus pies, y cogiendo su mano, se la besaría, suplicándole que no la retirase, pues quisiera tenerla entre las mías un instante tan sólo, para bañarla con lágrimas de agradecimiento, puesto que nada más puedo ofrecerle.

Así diciendo, la niña Dórrit acercó á sus labios la mano de Arturo, é hizo ademán de arrodillarse á sus pies, pero Clennam la contuvo suavemente, obligándola á sentarse: no



necesitaba tanto para reconocer el agradecimiento de la joven, pues hartos lo daban á conocer su voz y sus miradas. Por eso no le fué posible dominar cierta agitación al decirle:

—¡Vamos, niña Dórrit, vamos! ¿Qué significa esto? ¡Pues bien! supongamos que conoce usted á esa persona, y que ha podido decirle cuanto quería. Pero ahora, contésteme usted á mí, que no soy esa persona, aunque sí el amigo que la ha suplicado tenga confianza en él. ¿Cómo se explica su presencia aquí á semejante hora y tan lejos de su casa?

—Maggy y yo—repuso la joven, calmándose con el tranquilo esfuerzo que le era natural,—hemos ido esta noche al teatro donde mi hermana trabaja.

—¡Oh! ¡qué sitio tan magnífico!—exclamó Maggy, que parecía tener la facultad de dormirse y despertarse á voluntad;—es casi tan hermoso como un hospital, sólo que allí no dan caldo ni pollo.

Dichas estas palabras, la buena mujer volvió á dormirse como antes.

—Hemos ido—continuó la niña Dórrit, dirigiendo una mirada á su protegida,—porque no me disgusta ver algunas veces por mí misma lo que hace mi hermana, y agrádame mirarla sin que ella ni mi tío lo sospechen. No puedo proporcionarme este placer á menudo, porque cuando no trabajo estoy con mi padre, y aunque vaya á comer fuera, me apresuro á volver á reunirme con él. Hoy me he excusado diciendo que iba de tertulia.

Al decir esto, la joven miró fijamente á Clennam, como para leer en su fisonomía lo que pensaba, y añadió con timidez:

—No creo haber obrado mal en esta ocasión; jamás hubiera podido ser útil, sin disimular un poco.

La niña Dórrit temía que su protector la censurase por engañar así á su familia, para serle útil y velar por ella; pero Clennam pensaba en la firmeza de aquella débil joven, en su noble proceder, en su pobre ropa y en sus zapatitos deteriorados.

—¿Y á dónde ha dicho usted á su padre que iba de tertulia?—preguntó Clennam.

—A casa de las personas para quienes trabajo—contestó la joven ruborizándose.—Es la primera noche que he salido. ¡Santo Dios! ¡qué aspecto tan grandioso y sombrío tiene Londres de noche!

A los ojos de la niña Dórrit, la vasta extensión de la ciudad

tenía algo de vaporoso, con su cielo negro y sus grandes edificios.

—Voy á decir á usted lo que me ha inducido á molestarle—continuó la joven, haciendo un esfuerzo para reponerse;—el principal motivo es que mi hermana ha trabado conocimiento con una señora que quiere ser su amiga, y de la cual me ha hablado de una manera que me inquieta un poco. Esta es la causa de mi salida; he pasado expresamente por donde usted vive, y al ver luz en la ventana...

No era la primera vez que la joven había visto aquella luz, pues sus ojos miraban con frecuencia la ventana, que por la noche brillaba como una estrella para la niña Dórrit; muy á menudo habíase desviado de su camino, á pesar de su cansancio, para ir á contemplarla, consagrando su pensamiento al caballero de aspecto grave y de tez morena, que parecía haber venido desde tan lejos para ofrecerse como su amigo y protector.

—Me parece—dijo la jovencita,—que deseaba decirle á usted tres cosas en el caso de encontrarle solo y de poder subir á verle. La primera es aquella de que le hablé al principio; pero supongo que no debo nunca... ni podría jamás...

—¡Chitón! ese ya es asunto concluído. Pasemos á la segunda—repuso Clennam, disipando con su sonrisa la agitación de la joven, y poniendo sobre la mesa una botella de vino, bizcochos y frutas.

—Creo que la segunda—prosiguió la joven,—se reduce á decirle que en mi opinión la señora Clennam ha sorprendido mi secreto, sabiendo ya á dónde voy y de dónde vengo, ó en una palabra, dónde vivo.

—¿Es posible?—replicó Arturo con viveza.

Y después de reflexionar un momento, preguntó á la joven por qué lo creía así.

—Me parece—repuso la niña Dórrit,—que el señor Flintwinch me habrá seguido.

—¿Y por qué le parece á usted eso?—preguntó Clennam, frunciendo las cejas, y como entregado á sus reflexiones.

—Porque le he encontrado dos veces cerca de la casa, y siempre de noche, á la hora de entrar yo. Podría haberme engañado, pero se me figuró, á juzgar por el aspecto de aquel hombre, que el encuentro no era casual.

—¿Habló con usted?

—No, señor; saludó ligeramente é inclinó la cabeza de lado.



—¡El diablo se lleve su cabeza!—murmuró Clennam siempre pensativo;—siempre la inclina á un lado.

Clennam interrumpió sus reflexiones para invitar á la niña Dórrit á tomar alguna cosa, costándole no poco vencer su timidez.

Sucedíose una pausa y Clennam reanudó la conversación.

—¿Ha cambiado mi madre su manera de proceder con usted?—preguntó á la joven.

—¡Oh! nada de eso; siempre es la misma; y sin embargo, me pregunto si no sería mejor referirle mi historia. Quisiera saber si desearía usted que le hiciese esta confidencia...

Y mirando á Clennam con aire suplicante, añadió:

—Quisiera preguntarle si se negaría á darme un consejo sobre lo que debo hacer.

—Niña Dórrit (estas dos palabras habían comenzado ya á ser para Arturo y la joven la expresión de tiernos sentimientos, según la entonación y el lugar que ocupaban en el diálogo)—repuso Clennam,—no haga usted nada; yo hablaré antes con mi antigua amiga Afiery Flintwinch. Por ahora límitese usted á tomar un bocado; esto es lo que yo le aconsejo; suplícole que lo haga.

—Gracias, no tengo apetito, ni sed... pero creo que á Maggy no le desagradaría tomar alguna cosa.

—Ya encontraremos lugar en sus bolsillos para poner todo cuanto hay aquí; pero antes de despertarla, recordará usted no le desagradaría tomar alguna cosa.

—Sí. ¿No se enojará usted, caballero?

—No, querida niña; se lo prometo sin condiciones.

—Sin duda le parecerá extraño, y casi no sé cómo decirse-lo, pero sobre todo no vaya usted á creer que soy ingrata.

—No, nada de eso; estoy seguro de que cuanto me diga será natural y justo; no tema usted que yo interprete mal su pensamiento, sea cual fuere.

—Gracias. ¿Tiene usted intención de volver á visitar á mi padre?

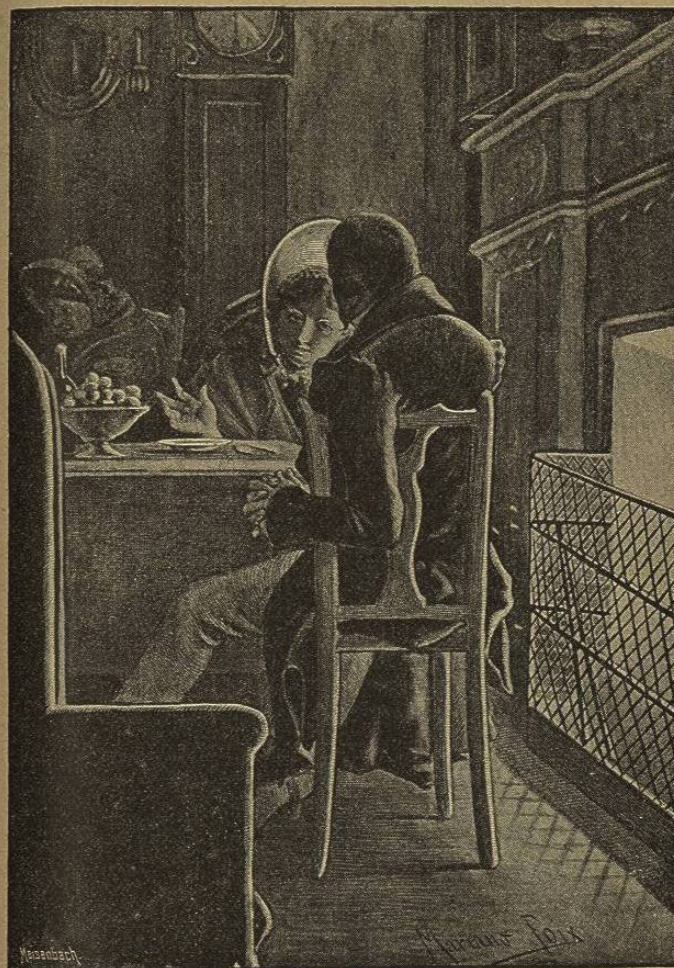
—Sí.

—Sé que ha tenido usted la bondad de escribirle dos palabras, anunciándole que iría á verle mañana.

—Es verdad; no hay por qué negarlo.

—¿Podría usted adivinar—continuó la niña Dórrit juntando las manos y fijando en Clennam una mirada suplicante,—lo que voy á rogar á usted que no haga?

—Creo que sí, pero podría engañarme.



¿Es posible?—replicó Arturo.



—No, no se engaña—replicó la jovencita moviendo la cabeza;—si llegásemos á tener tanta necesidad que no pudiéramos prescindir, permita usted que yo sola le pida lo que haga falta.

—Se lo prometo... se lo prometo.

—No le incite usted á pedir, y si lo hace, aparente usted no comprenderle; evítele esta humillación, y entonces podrá juzgarle más favorablemente.

Arturo contestó, al ver lágrimas en los ojos de la joven, que el deseo de ésta sería sagrado para él.

—Usted no conoce aun á mi padre, ni le comprende—dijo la niña Dórrit,—pues sólo le ha visto tal como se halla ahora, sin haber podido seguir cual yo los grados sucesivos por que ha pasado hasta llegar á su situación presente. Ha sido usted tan bueno para nosotros, procediendo con tal delicadeza y bondad, que quisiera tuviese buena opinión de mi padre, porque esta opinión tendría para mí más valor que todas las demás.

—Vamos—repuso Clennam,—no se entristezca usted así; ¡ea! hija mía, todo esto es ya cosa entendida.

—Gracias, caballero, gracias. Me he esforzado mucho para no decirle esto antes; mas al saber que había usted prometido venir mañana, he resuelto hablarle de una vez.

Aliviada por esta confesión, la niña Dórrit comenzó á inquietarse respecto á la hora, mientras que Maggy devoraba con la vista los bizcochos y la fruta.

Clennam procuró tranquilizar á la niña Dórrit, sirviendo á su compañera una copa de vino que la buena mujer bebió ávidamente saboreándolo con marcada satisfacción. Arturo la invitó después á cargar su cesta (Maggy no la abandonaba nunca,) con todas las golosinas que estaban en la mesa, recomendándole que no dejase nada. El placer con que Maggy ejecutó la orden, y la satisfacción de la pequeña Dórrit al ver su alegría, fué un agradable final de aquella dulce entrevista.

—¡Pero ahora caigo en ello! La verja estará cerrada hace largo rato—observó Clennam.—¿A dónde irá usted?

—Voy á casa de Maggy—contestó la joven;—allí estaré segura y mejor cuidada.

—Voy á acompañar á ustedes hasta allí; no puedo permitir que vayan solas.

—¡Oh! le ruego que no nos acompañe—repuso la niña Dórrit con tono de súplica.



La joven había formulado su petición con tal vehemencia, que Arturo temió faltar á la delicadeza si insistía, tanto más cuanto que era de suponer que la vivienda de Maggy no debía tener mucho atractivo.

—Vamos—dijo la jovencita á su compañera,—ya conocemos el camino y saldremos del apuro.

—Sí, sí, madrecita—repuso Maggy,—saldremos del apuro.

Al llegar á la puerta la niña Dórrit volvió la cabeza para murmurar: «¡Dios le bendiga á usted!» Pero aunque pronunció estas palabras en voz muy baja, tal vez fueron oídas en el cielo mejor que si las hubieran salmodiado en coro todos los chantres de una catedral.

Arturo Clennam esperó á que doblasen la esquina de la calle para seguirlas á cierta distancia, no con objeto de averiguar si la joven había dicho la verdad, sino para estar seguro de que llegaban á su barrio sin ningún tropiezo.

La niña Dórrit y su compañera llegaron al fin á la gran calle donde estaba la prisión de la Mariscalía; entonces acortaron el paso antes de entrar en una callejuela, y Clennam se detuvo comprendiendo que no debía seguir adelante. No sospechaba que corrían peligro de quedarse al sereno hasta al amanecer, y sólo mucho más tarde supo la verdad.

Llegadas ante una misera casa donde no se divisaba luz ninguna, ni se oía tampoco el más leve rumor, la niña Dórrit, después de escuchar un momento á la puerta, dijo á su protegida:

—Oye, Maggy; tú estás muy bien alojada en esta casa y no debemos molestar al dueño; de modo que sólo llamaremos dos veces, y no con mucha fuerza; si no nos abren, nos pasearemos hasta el amanecer.

La niña Dórrit llamó ligeramente una vez y luego otra; pero no se oyó el menor ruido.

—Maggy—dijo entonces,—es preciso resignarse á esperar el día.

La noche era muy oscura y el frío intenso; el viento soplaba con fuerza, y cuando volvieron á la calle grande, los relojes daban la una y media.

—Han de transcurrir cinco horas antes de que podamos entrar en casa—dijo la niña Dórrit.

Las dos compañeras se acercaron á la verja cerrada de la prisión para mirar el patio.

—Supongo que dormirá perfectamente—dijo la joven,—para que pueda inquietarle mi ausencia.

La verja les era tan familiar, que la miraban como una antigua amiga, y por eso resolvieron permanecer junto á ella, sentándose en la cesta de Maggy. Cuando la calle estaba desierta y silenciosa, la niña Dórrit no tenía miedo, mas apenas oía el rumor de pasos á lo lejos ó veía una sombra moverse debajo de los faroles, estremeciase y murmuraba al oído de su protegida:

—Maggy, alguien se acerca, ¡vámonos!

Entonces la mujer levantábase con más ó menos mal humor, y las dos comenzaban á pasear, volviendo después al mismo sitio.

Mientras que Maggy tuvo golosinas para comer, mostróse resignada, pero cuando se acabaron, comenzó á quejarse del frío y á lloriquear.

—Vamos, Maggy—decía la paciente Dórrit,—pronto llegará la hora.

—¡Oh! sí—contestaba la mujer,—usted tiene mucha paciencia, madrecita; pero advierta que yo soy una pobre muchacha de diez años.

Cuando la calle estuvo completamente tranquila y solitaria, la niña Dórrit colocó sobre sus rodillas la pesada cabeza de Maggy é hízola dormir acariciándola; mientras que, sentada junto á la verja, contemplaba las estrellas siguiendo con la vista las nubes en su rápido y caprichoso curso.

Al cabo de algún tiempo Maggy se despertó, y quejándose amargamente dijo que necesitaba andar.

Dieron las tres y luego las tres y media: á esta hora, las dos amigas, después de cruzar por el Puente de Londres, habían visto la corriente precipitarse mugiendo contra los obstáculos; habían contemplado con temor el río cuya superficie estaba cubierta de denso vapor; habían observado el reflejo de los faroles del puente, brillantes como los ojos de un demonio que tratara de fascinar al crimen y la miseria; y habían retrocedido, en fin, ante hombres sospechosos ó borrachos que les infundían pavor.

Cuando daban las cinco en los diversos campanarios de la ciudad, dirigíanse poco á poco hacia el oeste, esperando ver en el cielo la primera pálida luz del día, cuando se acercó á ellas una mujer.

—¿Qué hace usted aquí con esta niña?—preguntó á Maggy.

La interpelante era joven, demasiado joven para estar sola á tales horas en semejante sitio; no dejaba de ser bien parecida, y si el timbre de su voz era duro, debía atribuirse sin



duda á una causa eventual, pues en el transcurso del diálogo que siguió habló á veces con dulzura.

—¿Y qué hace usted misma?—replcó Maggy bruscamente.

—¿No lo ve usted, sin que lo digan?

—No, yo no veo nada.

—Pues voy á suicidarme; y puesto que le he contestado, respóndame á su vez. ¿Qué hace usted aquí con esta niña?

La supuesta niña inclinó la cabeza, oprimiéndose contra su compañera.

—¡Pobre muchacha!—prosiguió la mujer,—es necesario no tener corazón para pasearla á semejante hora por estas calles heladas. ¿No tiene usted ojos para ver que es una frágil criatura? Seguramente, también carece usted de sentido y de sentimientos, puesto que no se apiada de esa pobre niña que tiembla de frío.

Al decir esto, la mujer pasó al otro lado, y tratando de coger la mano de la pequeña Dórrit, díjole con acento compasivo:

—Abrazame, pobre niña; dime á dónde quieres ir y te llevaré en brazos.

La pequeña Dórrit levantó la cabeza.

—¡Dios mío!—exclamó la mujer retrocediendo,—¡no es una niña!

—No importa—contestó la pequeña Dórrit, estrechando afectuosamente una de las manos de la desconocida;—no me inspira usted ningún temor.

—Harto lo comprendo; no debe usted temerme. ¿Tiene usted madre?

—No.

—¿Y padre?

—Sí, un padre á quien amo mucho.

—Pues entonces, vaya usted á reunirse con él y témame á mí. Me marchó; buenas noches.

—Antes de irse, permítame usted darle gracias y hablarle cual si fuese una niña.

—Imposible, porque usted es buena é inocente y no puede mirarme con ojos de niña. Jamás hubiera osado tocarla si no hubiese creído que lo era usted.

Y alejóse profiriendo un grito extraño y salvaje.

Aún no había amanecido, pero ya comenzaban á despuntar en el horizonte los primeros albores de la aurora; veíanse circular algunas carretas, los obreros se dirigían á sus talleres, y daba principio el movimiento en las orillas del Támesis.

La niña Dórrit y Maggy volvieron hacia la reja para esperar allí hasta que abriesen; pero el frío era tan riguroso, que la jovencita arrastró á su compañera, al ver que se dormía de pie. Al pasar junto á la iglesia, y como viese que la puerta estaba entornada, entreabrióla para mirar quién estaba dentro.

—¿Quién va?—preguntó un robusto mozo, que se estaba poniendo un gorro de noche, como si se propusiese ir á acostarse en las bóvedas.

—¡Nadie! amigo mío—contestó la niña Dórrit.

—¡Espere usted!—gritó el hombre,—quiero verla.

En vez de retirarse, la niña Dórrit entró en la iglesia, seguida de Maggy.

—¡Pardiez, me lo había figurado! Yo la conozco á usted.

—Nos hemos visto muy á menudo—dijo la niña Dórrit; reconociendo en aquel hombre al sacristán,—porque yo frecuento esta iglesia.

—Aun hay más; también está usted inscrita en nuestros registros, y es una de nuestras curiosidades.

—¿De veras?—exclamó la jovencita.

—¡Vaya! como hija de la...; pero, á propósito, ¿cómo se halla usted fuera tan temprano?

—No hemos podido entrar esta noche, y esperamos á que abran la puerta.

—Pues tienen ustedes para más de una hora. ¡Vamos! entren ustedes en la sacristía; acabo de encender un buen fuego porque han de venir los pintores; de lo contrario no me habrían pescado aquí. No quiero que se constipe una de nuestras curiosidades, mientras podamos tenerla junto al calor. ¡Ea, vamos allá!

Era todo un buen hombre el sacristán, y de ello dió entonces una prueba. Cuando hubo reavivado el fuego, buscó un registro en un estante, púsolo delante de la joven, y después de hojearlo un poco, señaló un asiento, diciendo á la niña Dórrit:

—Aquí está usted anotada; véalo por sus propios ojos...

«Amy, hija de Guillermo y de Fanny Dórrit, nacida en la prisión de la Mariscalía, parroquia de San Jorge.»—Y nosotros—dijo el sacristán con aire satisfecho,—referimos á cuantos nos quieren oír, que desde su nacimiento no ha estado usted nunca ausente de la prisión ni siquiera veinticuatro horas. ¿No es verdad?

—Hasta ayer lo ha sido.

—¡Bah! no importa. Lo que siento es verla tan fatigada...



espere un poco; voy á traer unos almohadones de la iglesia y podrá tenderse con su compañera junto al fuego. No tema faltar á su padre, pues cuando abran las puertas la llamaré.

El sacristán fué presuroso á buscar los almohadones y los colocó en el suelo.

—¡Ea! ya está corriente—dijo el buen hombre;—y ahora no me dé usted gracias, pues yo también tengo hijas, y aunque no hayan nacido en la prisión de la Mariscalía, habrían podido nacer allí si hubiesen tenido un padre como el de usted. Pero... aguarde... quiero poner algo para que el almohadón en que apoye la cabeza se levante un poco. ¡Ah! he aquí el registro de las defunciones... ¡perfectamente! Este libro es curioso, no precisamente para buscar los nombres inscritos, sino para ver cuáles no están... Esto es lo que más interesa.

Y volviéndose para contemplar con satisfacción su improvisado lecho, el sacristán se retiró, dejando á las dos amigas solas. Maggy roncaba ya, y la niña Dórrit quedó pronto sumida en profundo sueño, con la cabeza apoyada en el libro del destino, sin cuidarse de las hojas en blanco que aún faltaba llenar en el volumen.

Así pasó la noche de la niña Dórrit en medio del abandono, de la miseria y de los peligros de la gran metrópoli; en medio del frío y de la humedad; así pasó la noche de la niña Dórrit, que debía terminar con una mañana lluviosa y sombría.



## CAPITULO XV

### La mujer de Jeremías Flintwinch vuelve á soñar

La antigua y decrépita casa de la viuda Clennam, cubierta en parte de una capa de hollín, y sostenida principalmente por sus puntales, ya bastante deteriorados, seguía ofreciendo el mismo aspecto lúgubre. Si el sol la visitaba por casualidad, sólo penetraba en ella algún furtivo rayo que desaparecía muy pronto; y si la iluminaba la melancólica luz del astro de la noche, sólo era para poner en relieve su mole sombría. En cambio, la lluvia, el granizo y el hielo parecían visitar de preferencia aquella triste mansión, donde aún se encontraba nieve mucho tiempo después de haber desaparecido de todos los demás puntos. En cuanto al ruido exterior, apenas se percibía allí el rodar de los carruajes; de modo que la mujer de Jeremías llegaba á creer á veces que estaba sola. Las voces de los transeúntes, los cantos, los gritos, los silbidos, y en fin, todos los rumores humanos, percibíanse sólo como los débiles sonidos que se extinguen con la distancia.

El resplandor variable del fuego y de la luz que ardían de continuo en la habitación de la señora Clennam era el único cambio que turbaba la lúgubre monotonía de aquella mansión. Sin embargo, durante una parte de los cortos días de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1966. 1625 MONTERREY, MEXICO